

Virginia Cox

El sordomudo



L sordomudo es el único hombre en el convento. ¿Hombre? No le hace esa impresión a ninguna alumna. Lo han visto desde siempre, sombrío y huraño, regando el huerto, barriendo los patios, acarreando con dificultad la mohosa carretilla de agudo chirrido.

Las "nuevas" se asustan al verlo por primera vez, con su cara extraña, tan oscura como la corteza de los árboles, sus ojos saltones, empañados de nubes, su mandíbula torcida, sus pies y manos deformes.

Se le encuentra en cualquier parte, en cualquier momento. Aparece tras los castaños en medio de los bulliciosos recreos, entre la larga fila a la hora del rosario, bajo los arcos fríos que llevan a la capilla, camino al desnudo refectorio por los interminables corredores. Su presencia no sorprende ni le importa a nadie. A veces surge en el fondo del huerto, cerca del cementerio, junto a las blancas novicias, o en el patio misterioso donde comienza la clausura.

¿Cuántos años tiene? ¿Dónde duerme? ¿Come? Religiosas y niñas se han habituado a su escuálida figura vacilante y forma parte de la rutina diaria como un objeto cualquiera.

Su enfermedad lo hace impenetrable, su deformidad repelente. Rara vez levanta la cabeza de su trabajo y está aislado y solo en medio de la vida que bulle a su alrededor.

En las mañanas de invierno, cuando la fila de educandas, adormiladas bajo sus velos, entra a la capilla en penumbra, para oír la misa de seis, ya está el sordomudo tras el coro de madera, donde profesas y novicias entonan desde el amanecer monótonos oficios.

De rodillas, en el puesto más humilde, ocultando entre sus manos torcidas su cabeza tosca. Inmóvil.

Es el único momento del día en que se mezcla su vida con la de la comunidad. Su primitivo cerebro no le permite darse cuenta de esto. Pero la misa del alba y la bendición a la hora del crepúsculo, el olor a incienso, la luz que se filtra indecisa a través de los vitrales, tiñendo de colores fantásticos las estatuas de los santos, el último destello de sol que se concentra como una lluvia de oro sobre la campanilla de encaje que acompaña al Santísimo, las monjas extáticas, prosternadas ante el altar, y las muchachas de tres en tres, en los duros bancos, con sus labios frescos y sus movimientos vivaces; todo este conjunto que lo expulsa con orgullo y crueles burlas, le produce una sensación profunda y voluptuosa, una especie de éxtasis. Se estremece angustiosamente con el roce involuntario de un velo o de un abrigo.

Sigue con avidez los oficios y edifica a la comunidad con su piedad constante.

Pero el sordomudo confunde a Dios con el Diablo. Su tenebrosa mente venera y teme a los dos. El mismo temblor nervioso que lo trastorna en la capilla, se apodera de él cuando realiza extrañas brujerías a la luz de la luna en el cementerio del claustro o al herir la tierra húmeda, abriendo una fosa fresca entre las tumbas austeras.

Bajo su aparente sumisión oculta el sordomudo un odio amargo e inconfesable. Un odio mortal hacia este pequeño mundo dentro del cual se halla irremisiblemente prisionero.

Durante años se ha ido acumulando esta aversión a las monjas impersonales y altivas, con sus labios sin sangre y sus pasos aterciopelados, a las alumnas burlonas y risueñas que lo huyen con temor.

Esta noche el sordomudo vaga por el huerto como enloquecido. Las niñas con sus castos camisones duermen en sus alcobas, se ha extinguido el murmullo de las oraciones en el noviciado, entre las sombras sólo brilla la llama eterna frente al Sagrario.

El campanario desgrana lentamente diez tañidos.

El sordomudo está preso de insólita excitación. No piensa en Dios ni el Diablo: no reza ni celebra exorcismos. Tiembla.

De sus ojos saltones brotan gruesas lágrimas y de su garganta roncós sonidos inarticulados. Lo posee una fuerza desconocida y terrible que nace de lo más profundo de sus entrañas y se extiende por sus miembros como ondas de fuego. Con deleite salvaje arranca plantas y arbustos que él mismo ha cultivado, para aniquilarlos uno a uno en un raptó de incontrolable furor. Armado de una estaca golpea los troncos de los castaños hasta quedar jadeante y sudoroso.

El macetero se quebró de un solo golpe y la Madre Superiora aplastó con sus dedos blancos los botones y las yemas... Escapó al sordomudo el significado del gesto, la profunda y dura enseñanza de absoluto desprendimiento.

De los ojos de Hermanita Rosa brotaban lágrimas. Meses atrás él le había dado esa humilde planta y era lo único que ella poseía en el mundo. La cultivaba con amor bajo el banco de las "casitas", donde las niñas libres por un momento de la implacable vigilancia se detenían a contarle sus penas.

Desde su bruma presente el sordomudo la humildad irremediable de Hermanita Rosa. Chiquita, casi enana, parece una muñeca disfrazada de monja. Su papel en la comunidad la ha ligado para siempre al lado prosaico de la vida. Constantemente se le recuerda su obligación y se empequeñece más y más como tratando de esfumarse. No se encuentra a sus anchas sino en las "casitas", sentada en el duro banquillo, tejiendo infinitas madejas, compade-

ciéndose fácilmente, consolando a las alumnas rebeldes estremecidas de sollozos.

Junto a la ventana colocaba el macetero con su linda planta en flor que la llenaba de alegría. Y la Madre Superiora lo despedazó sin piedad, y le hizo señas a él para que recogiera los despojos mientras corrían lágrimas sumisas por las gastadas mejillas de Hermanita Rosa.

Ante el recuerdo, nuevamente lo posee esta vertiginosa angustia, ajena a sí mismo. Baila frente a sus ojos, el rostro pálido de la Madre Superiora y sus puños se crispan hasta crujir. Dentro de su pecho se desborda con fuerza incontenible la ola quemante de odio y frustración que se ha ido acumulando lentamente en el curso de los años, llenándolo esta noche de misterioso poder.

Alucinado, se dirige entre las sombras hacia el edificio principal.

El sordomudo conoce como nadie el convento. La naturaleza de su trabajo le da acceso a los más íntimos rincones. Ha recorrido los largos dormitorios divididos en alcobas con sus camas estrechas y sus severos crucifijos, ha acarreado agua a las tinas de mármol separadas unas a otras por tabiques y blancas cortinas, aisladas tras el patio de Santa Filomena; de donde surgen las niñas como flores refrescadas por la lluvia. Por los altos ventanales, ha atisbado sin comprender, las sesiones secretas del salón de actos, en las que alumnas y maestras, realizan complicadas ceremonias y lentas reverencias.

Para él, no existe el límite de la clausura y atraviesa de un lado a otro como un espectro inofensivo.

Y el sordomudo avanza rozando las murallas de las desiertas salas de clases con las ventanas herméticas. Atraviesa el patio inmenso, en el centro del cual se yergue como un fantasma la estatua de San José.

Su corazón late estremeciéndolo entero, sus horribles ojos brillan como ascuas. Llega por fin al angosto pasillo frente a la puerta que une al colegio con el claustro.

Se detiene un instante cobrando aliento. Su habitual torpeza ha desaparecido. Impulsado por esta fuerza desencadenada que lo invade, transformándolo, se acerca anhelante a la manilla de hierro. Al empuñarla, lo recorre un escalofrío. Es la última etapa.

Al otro lado está el odiado rostro pálido, las destructoras manos blancas. Pero la puerta no cede, el cerrojo está corrido. El sordomudo remece impaciente la pesada chapa, con todo el cuerpo, ayudándose luego de manos y dientes, arremete ciego contra los macizos bloques de madera, hasta caer, agotado y sangrante, sollozando de rabia impotente, sobre los helados ladrillos.

Al despuntar el alba, la niebla envuelve al convento silencioso suavizando sus contornos.

Tras el coro, ovillado junto a su silla de paja, el sordomudo asiste a la misa de seis.

Días después, entre las niñas que había visto desfilar durante años, movedizas y bruscas, exuberantes de vida, apareció Cecilia con su penoso andar. El sordomudo detuvo su trabajo y miró incrédulo esas piernas torcidas, sujetas con pesados hierros, esos brazos demasiado cortos, esas manos torpes. Durante largos días la contempló atónito, la espío pacientemente, disimulándose. Al divisarlo una mañana, ella le sonrió confiada, sin sospechar que ese simple gesto iba a granjearle para siempre el afecto del pobre desamparado, habituado a inspirar repugnancia y temor.

Desde lejos reconoce el paso rengueante de Cecilia y su mirada la sigue como la de un perro fiel.

Durante los recreos, cuando las niñas juegan como demonios desatados entre las hileras de castaños, Cecilia se aleja solitaria hacia el fondo del huerto. El sordomudo la sigue, ocultándose tras la

gruta, y su cara hosca se suaviza, cuando adivina una plegaria en los labios de la niña arrodillada ante la Virgen.

Poco a poco, imperceptiblemente, comienzan a entenderse. Con verdadero fervor espera alguna pequeña señal de amistad al aparecer Cecilia, siempre última en la fila. Desfallece de ansiedad si la niña no se desprende del grupo durante los recreos.

Una tarde en que ella se le acercó inocente, el sordomudo tuvo que aferrarse de un árbol para no huir despavorido. Lentamente han aprendido a entenderse con guiños y gestos.

Junto a su juventud dolorosa conoce él su primera alegría.

En medio de la algazara, ocultos tras la gruta, sostienen largos diálogos sin voces.

En las noches de plenilunio, olvidado el sordomudo de embrujos y violencias, recorre el huerto y el cementerio cogiendo bayas y flores, buscando nidos, coleccionando obsequios, que iluminarán con una sonrisa fugaz la carita siempre grave de Cecilia.



Una mañana no asistió el sordomudo a la misa de seis.

Lo encontraron horas más tarde, al fondo del huerto, junto a la alta muralla del noviciado, tendido de espaldas, desarticulado y grotesco, apretando entre sus manos contrahechas, un manojito de flores ensangrentadas.